

THE HISTORIAN OF COMMUNICATION, BETWEEN THE
THEORY OF COMMUNICATION AND THE THEORY OF HISTORY

El historiador de la comunicación, entre la teoría de la comunicación y la teoría de la Historia

Francesc Martínez Gallego
Universidad de Valencia

Antonio Laguna
Universidad de Castilla-La Mancha

Fecha recepción 12.01.2014 | Fecha aceptación 7.02.2014

Resumen

La historia de la comunicación, disciplina reciente en el panorama científico que adquirió una importante pujanza en las últimas décadas del siglo pasado, padece un grave problema de identidad entre los dos ámbitos de referencia y sus correspondientes metodologías de investigación. A mitad de camino entre el estudio historiográfico general y el de la historia de la comunicación en particular, abordamos el impacto que ha tenido la llamada “crisis de la historia”. A partir de ahí, destacamos el enorme potencial de esta joven disciplina para establecer relaciones entre los hechos, esto es, para indagar sobre la causalidad. Por ello concluimos que la historia de la comunicación está llamada a ser una de las especializaciones historiográficas con mayores herramientas de interpretación y explicación del pasado.

Palabras clave

Historiografía, comunicación, historia, teoría de la comunicación, metodología.

Summary

The history of communication, a recent discipline on the scientific scene which acquired a significant strength in the last decades of the last century, suffers from a serious problem of identity between the two fields of reference and their corresponding research methodologies. Halfway between the historiographical survey and the history of communication in particular, we address the impact that the so-called “crisis of history” has had. From there, we highlight the enormous potential of this young discipline to establish relationships between the facts, that is to say, to inquire about causality. Therefore, we conclude that the history of communication is set to be one of the historiographical specializations with the highest number of tools to interpret and explain the past.

Key words

Historiography, history, communication, communication theory, methodology.

EN TIERRA DE NADIE

Decía Maurice Godelier que “los seres humanos, a diferencia de otros animales sociales, no sólo viven en sociedad, sino que crean la sociedad para vivir”¹. Y un compañero de disciplina antropológica añadía, en consecuencia, que “ninguna investigación que contemple a los humanos tan sólo como individuos puede ser completa; no podemos conocernos a nosotros mismos más que conociéndonos en relación con los demás”². La comunicación, la que se precipita en el presente o la que se tejió en el pasado, estudia una porción considerable de esas relaciones que se establecen en el seno de las formaciones sociales: todas aquellas que suponen intercambios simbólicos.

Hasta aquí, el consenso parece fácil de conseguir por parte de quienes se dedican a estudiar los fenómenos comunicativos en el tiempo, en su evolución diacrónica, en sus cambios y sus continuidades. Pero es a partir de ese punto cuando los horizontes comienzan a difuminarse. Es en este punto cuando la escasa reflexión que todavía hemos producido sobre nuestra disciplina tropieza con una bifurcación irresoluta: somos historiadores de la comunicación y, como tales, ¿nos acogemos a la matriz historiográfica, la de la historia *tout court*, para elaborar nuestras propuestas de análisis, para establecer nuestras pautas metodológicas y extraer de la teoría de la historia nuestras hipótesis?, o bien ¿nos acogemos a la teoría de la comunicación, entendida como el estudio de los procesos de elaboración, emisión, recepción y circulación de bienes simbólicos, materiales o inmateriales, que implican a individuos, grupos y/o instituciones?

Que la bifurcación o la irresolución existen, es comprobable. En 2000 Mercedes Román publicó un artículo llamado a generar una polémica que, sin embargo, no llegó a producirse o lo hizo de forma muy limitada. En él abogaba por desenganchar a la historia de la comunicación del marco general de la historia, a riesgo de convertir a la primera en mero apéndice de la segunda. Desde su punto de vista, el “utillaje metodológico empleado por estos estudios, ha estado más en relación con el peculiar momento que atravesaba la historiografía, que con las necesidades metodológicas propias y específicas de la ciencia de la comunicación. Me parece más acertado centrarse en el aprovechamiento de la ciencia de la comunicación”³.

La profesora Román acudía a un concepto-fuerza, el de ciencia, para amparar su elección. Afirmaba que la historia y los historiadores estaban en crisis y que el resultado de las cavilaciones en el seno de esta disciplina era “la indefinición de la historia como disciplina científica”. Una indefinición que no cursaba para la ciencia de la comunicación. Puestos a

elegir entre acogerse a una disciplina plagada de incertidumbres, sometida a un arduo debate interno y acuciada por una grave crisis de identidad, la historia, o acogerse a una disciplina joven y dinámica, la ciencia de la comunicación, vinculada por mor de las clasificaciones universitarias a las ciencias sociales y no a ese cajón de sastre de las humanidades, cuyo rótulo, para muchos, devalúa los contenidos disciplinares que asume, no podía dudarse en exceso. Su apuesta estaba hecha.

Tal vez más en apariencia que en consecuencia. El artículo de Mercedes Román no ahondaba en su propia solución. No explicaba cómo ni de qué manera la historia de la comunicación se engarza con los métodos y técnicas de investigación de las teorías de la comunicación. Es más, promediado su artículo, parecía dar marcha atrás. De repente aparecía citado el historiador norteamericano de la comunicación Michael Schudson, proponiendo profundizar en el método histórico y vinculando éste a los diversos fenómenos comunicativos a través de la pregunta “¿de qué modo influyen los cambios en la comunicación y cómo se ven influidos por otros aspectos del cambio social?”⁴. Es más, la profesora Román aseveraba que “se puede adoptar la pregunta (de Schudson) como principio metodológico de partida para la investigación en la historia de la comunicación social”.

Se proponía la inserción de la historia de la comunicación en el campo de la ciencia de la comunicación pero se apelaba al método histórico a través, primero, de Schudson y, a continuación, de Jesús Timoteo Álvarez y de sus propuestas de incorporación de la teoría de sistemas (inspirada tanto en la escuela funcionalista como en uno de los padres de la historia científica de la escuela de *Annales*, Braudel, y en especial a su percepción no lineal del tiempo histórico) al estudio de la historia de la comunicación.

La inseguridad a la hora de adscribir la historia de la comunicación a un campo científico o a otro tiene sus consecuencias. Cuando la profesora Leonarda García publicó un documentado trabajo sobre la investigación en comunicación en España en las tres últimas décadas, ni uno sólo de los epígrafes de su libro versaba sobre historia de la comunicación. En una lectura atenta de su texto se pueden hallar citados diversos historiadores de la comunicación, pero ubicados en planos de análisis también diversos, como en diáspora por los rincones metodológicos, metateóricos o analíticos de la ciencia de la comunicación. Sin casa propia⁵.

Desde luego, si echamos un vistazo a las recopilaciones historiográficas que han hecho balance de la investigación reciente en este campo, nos encontraremos con algo muy similar: la historia de la comunicación o no aparece o aparece como apéndice marginal en etiquetajes del tipo “historia de las mentalidades”, “historia cultural”, “historia de la escritura”, “historia y memoria” o “historia del tiempo presente”.

Así pues, situada en tierra de nadie, la historia de la comunicación no parece encontrar basamento teórico. Del mismo modo que encontramos a un célebre antropólogo que propone sustituir los “modos de producción” de la tradición marxista por los “modos de comunicación”⁶, topamos con un no menos célebre historiador de la cultura como Roger Chartier que advierte: “Para mí, ‘historia de la comunicación’ es una categoría demasiado estrecha para designar un proyecto intelectual”⁷.

Pero no sólo un historiador cultural como Chartier, que ha centrado su labor investigadora en el escrito y en las prácticas y representaciones que genera históricamente, tiene dificultades para ubicar la historia de la comunicación. Otro historiador cultural, que ha elaborado uno de los manuales más conocidos de historia de la comunicación como Peter Burke⁸, al hacer relación de las “formas de historia cultural”, ni siquiera establece como epígrafe la toma del pulso histórico a la comunicación, por más que la bordeé a través de aspectos como la transmisión de la memoria colectiva, la construcción de la gestualidad o de la comicidad, la percepción de las fronteras cambiantes entre la esfera pública y la esfera privada o entre la cultura erudita y la cultura popular o la necesaria introducción en la historia de las mentalidades de aspectos como la formación de imaginarios sociales⁹.

La historia de la comunicación o no se menciona, o queda reducida a la historia de los medios de comunicación o queda subsumida por una amplia (inabarcable, a veces) historia cultural¹⁰, una historia que amparada en definiciones de cultura de naturaleza antropológica, que es obviamente imperialista en tanto en cuanto –si se permite la ironía– nada humano le resulta ajeno¹¹. En definitiva, ni sus propios visitantes la reconocen con facilidad. Entonces, ¿dónde está la historia de la comunicación? Intentemos una doble respuesta. Averiguar el porqué de su evanescencia y reubicarla en el sendero de la ciencia histórica.

EN MEDIO DE LA CRISIS: EL COLUMBRAMIENTO DE LA DISCIPLINA

La crisis de la historia era la razón esgrimida para desenganchar a la historia de la comunicación del tronco de la historiografía y acercarla a la teoría de la comunicación. Pero, ¿qué es la crisis de la historia? Todo lo que es sólido se desvanece en el aire. La frase de Marx fue utilizada hace unos años por Marshall Berman para establecer su propio análisis de la modernidad: un tiempo histórico en el que todo se construye para ser destruido¹². Y así sucedió que la ciencia empírica de lo social que nació para establecer hechos con vigor demostrativo y rigor intersubjetivo, que anduvo firme en su propósito desde sus primeras formulaciones newtonianas hasta la década de 1970, comenzó a caminar a trompicones cuando se produjo el asalto del posestructuralismo y el posmodernismo, cuyo objetivo fue poner en duda a la “ciencia heroica”, al modelo de construcción del saber que había fraguado durante la Revolución Científica del siglo XVII y, en definitiva, establecer la duda o acometer la destrucción nihilista de “las convicciones acerca de la objetividad del saber y la estabilidad del lenguaje”¹³.

Sin duda, la acometida posmoderna hizo tambalear las hasta entonces tenidas como certezas historiográficas: “la idea fundamental de la teoría historiográfica posmoderna consiste en negar que la historiografía haga referencia a la realidad”¹⁴. La sólida realidad, en efecto, evaporada. Paul Veyne adujo, en 1971, que la explicación causal en historia no es más que “la forma que tiene la narración de organizarse en una trama comprensible”. Hyden White afirmó en 1973 que el discurso histórico no es más que “una forma de operación para hacer ficción”. Por esos mismos años Foucault exponía que “cada sociedad posee su régimen de verdad, su política general de la verdad” y que, por ende, no hay verdad fuera

de la ideología, de modo que la historia forma parte de uno de esos regímenes de verdad, de una nietzchiana voluntad de poder.

Son sólo algunos ejemplos de la marea que indujo a hablar de la “crisis de la historia”, marea –o maremoto– que acrecentó su dimensión tras la caída del muro de Berlín y la proclamación, por parte de Francis Fukuyama, del “fin de la historia” en su artículo de 1989 y su libro de 1992 *The End of History and the Last Man*. En 1996 el historiador francés Gérard Noiriel se sintió obligado a reflexionar *Sobre la crisis de la historia*, mientras buena parte de la historiografía vanguardista, a uno y otro lado del Atlántico, se refugiaba en el “giro lingüístico” y en una historia cultural pegada a la antropología semiótica practicada, entre otros, por Clifford Geertz. La propuesta era atractiva: como ya no se podían expresar causas y razones, el investigador debía recurrir a una “narración densa”, para algunos microscópica e indiciaria¹⁵, en todo caso fuertemente enlazada a los “discursos”, puesto que el hombre ya no era contemplado como un utilizador del lenguaje para la transmisión de sus pensamientos, sino que sus pensamientos (y con ellos todas sus relaciones con el mundo exterior) resultaban condicionados y modelados por el lenguaje.

Las relaciones sociales y las determinaciones de la historia social de antaño se evaporaban cuando las identidades quedaban lingüísticamente construidas y, por ende, resultaban tan fluidas como el lenguaje mismo. El resultado fue el hundimiento de las tres carabelas de la historia científica, que habían navegado con viento a favor –y superando tormentas, que también las hubo– desde el final de la Segunda Guerra Mundial: la historia causal y comparativa de *Annales*, la historia social marxista y la historia económica serial o cliométrica.

La crisis de la historia, como la llamó Noiriel, sucedió, precisamente, en el momento en el que la historia de la comunicación cobraba dubitativamente carta de naturaleza. La coincidencia temporal es crucial para nuestra argumentación. En efecto, si hemos de juzgar a la historia de la comunicación a través de su presencia pública textual, concluiremos que es extraordinariamente reciente y, desde luego, coincidente en el tiempo con la “crisis de la historia” (o con la enésima acometida autodestructiva de la modernidad, llamada posmodernidad). Rastreemos.

Hasta bien entrada la década de 1970 los estudios de la especialidad giraban en torno al “periodismo”: el concepto de “comunicación” se incorporaría después¹⁶. Los primeros libros cuyo título y contenido, de forma más o menos explícita, se aparta de la historia segmentada de los medios y se acerca al concepto global de historia de la comunicación son, en realidad, muy recientes.

Al final de su larga carrera de politólogo y comunicólogo, Harold Dwight Lasswell, junto con Daniel Lerner i Hans Speir, redactó en tres volúmenes la obra *Propaganda and Communication in World History*. Era el año 1976 y Laswell y sus colaboradores seguían insistiendo en la construcción de un modelo de comprensión de la comunicación social ligado al concepto de persuasión informativa que, construida desde las esferas del poder, inducía valores consensuales en la sociedad, valores que ellos querían de progreso y libertad tal y como se entendían estos conceptos en la perspectiva occidental durante la Guerra Fría¹⁷.

La respuesta a la concepción conductista-behaviorista de Laswell y sus colaboradores se materializó en la década de 1980 a través de diversas obras de síntesis de historia de la comunicación. Manuel Vázquez Montalbán publicaba en 1980 su *Historia y Comunicación Social*, un ensayo que había fraguado en la década de 1970 y en el que el autor reconocía que “era quimérico plantearme una Historia de la Comunicación, habida cuenta de la carencia de investigación básica que hiciera posible tamaña fantasía. Todavía hoy es científicamente imposible una Historia de la Comunicación por los mismos motivos”. Vázquez Montalbán intentaba subsanar dos problemas. De una parte, el presentismo y la fascinación macluhiana, esto es tecnologista, que parecía imperar en las Facultades de Ciencias de la Información. Y, por otro lado, dar cabida en su síntesis historicista a aquellos estudios críticos que, en vez de concebir la comunicación en un sentido estrictamente funcionalista, la inscribían en el territorio de los conflictos entre grupos sociales antagónicos.¹⁸

También de 1980 es el libro *Communication History*, de John D. Stevens y H. Dicken, donde se enfatizaba el concepto de interrelación para designar la mediación comunicativa entre factores estructurales de índole económica, social, política e ideológica¹⁹. Al año siguiente, 1981, Raymond Williams conseguía reunir a prestigiosos colaboradores de diferentes campos de la comunicación para elaborar *Contact: Human Communication and its history*. En la introducción a la obra, Williams, exponente de una de las pocas tradiciones responsables de los inicios de la historia de la comunicación, explicaba cómo se había formado la disciplina comunicológica, de forma un tanto irónica, como convergencia de saberes vinculados a la historia, la filosofía, la literatura, la filología, la sociología, la tecnología o la psicología, para construir, entre todos, un “campo de interés”²⁰. Pero, sobre todo, abogaba por no plantear la historia de la comunicación “como una simple historia de continuidad y difusión”, de nuevas formas tecnológicas y sistemas para difundirlos, sino como una historia plagada de “cambios cualitativos”. Para Williams –conocido como crítico marxista enfrenado a la lectura “dualista” de la metáfora base material/superestructura jurídico-político-cultural-, “los sistemas de comunicación nunca han sido un añadido opcional en la organización de lo social o en la evolución histórica. (...) vemos que ocupan un lugar junto a otras formas importantes de organización y producción social, del mismo modo en que ocupan un lugar en la historia de la invención material y de la ordenación económica”. De modo que los medios y las tecnologías de la comunicación que interesaban a Williams no eran, sólo, las de la comunicación masiva del siglo XX, sino todos aquellos que posibilitaban el intercambio de mensajes, pero también la producción y reproducción de significados.

Todavía aparecerían libros importantes en la década de 1980, como el de Wilburg Lang Schramm, *The story of human communication. Cave Painting to Microchip* (1987), una de las últimas obras del célebre autor cuyo modelos de comunicación se orientaron al servicio de la modificación de conductas sociales en los espacios del subdesarrollo con la mirada puesta en la interiorización de los principios productivistas que gobernaban la teoría de la modernización.

Si la ensayística de la década de 1970 sirvió para generar un concepto fuerte de comunicación, por encima de los conceptos de medios y de información, en la década siguiente ya parecía posible vincular las aportaciones de la historia científica (*Annals*, marxismo, etc.)

a ese nuevo concepto-fuerza de comunicación. De modo que se fueron sucediendo las primeras y fecundas reflexiones sobre el “sujeto” en la historia de la comunicación o sobre cómo comenzar a establecer periodizaciones y modelos comprensivos en ese mismo terreno.

Jesús Timoteo Álvarez publicaba en 1985 su libro *Del viejo orden informativo* y lo planteaba como una introducción a la historia de la comunicación desde sus orígenes hasta la década de 1880. Dos años después, aparecía una nueva historia de la comunicación, la de Giovanni Giovannini y el sugerente libro de Joan Manuel Tresserras y Enric Marín *El regne del subjecte*. Giovannini, un periodista italiano de fuste y con gran capacidad reflexiva, parecía seducido por una de las líneas explicativas de la Escuela de Toronto o *Media Ecology* (Harold Innis, Marshall McLuhan, Joshua Meyrowitz, Walter Ong, Eric Havelock, Paul Ryan, Elisabeth Eisenstein, etc.), según la cual los medios afectan las capacidades cognitivas humanas y, por tanto, facilitan o dificultan la adaptación al medio de los hombres. Giovannini explicaba que a nuevos medios de comunicación corresponden “nuevas formas de encantamiento” individual y colectivo (que, a veces, rayan en la hipnosis colectiva) y que el suministro masivo de información puede provocar mutaciones psicosensoriales, y por ende culturales, que pueden afectar, por anticipación, a la “discontinuidad de la identidad antropológica”²¹.

El regne del subjecte no era una historia de la comunicación, sino una reflexión teórica sobre la historia de la comunicación social realizada en unas muy densas 91 páginas. Para empezar, los autores constataban que la bibliografía a repasar era notoriamente escasa. De modo que sólo un recorrido convergente por los territorios de la comunicación, la historia, la economía y el poder, desde una perspectiva materialista, podía componer un campo de despegue para la disciplina. Influidos por la historiografía británica de “historia desde abajo” (E.P. Thompson, G. Rudé, E.J. Hobsbawm, C. Hill, etc.) y por la Escuela de Birmingham (R. Williams, S. Hall, etc.), proponían observar la comunicación social desde sus coordenadas espaciotemporales (criticaban acerbamente las aportaciones de los estudios de comunicación por ahistóricos) y como elementos de mediación entre la experiencia y la consciencia.

Todas las prometedoras aportaciones que acabamos de citar llegaban justo en el momento en el que la “crisis de la historia” se convertía en acuciante. La tónica general estaba variando: la década de 1980, que había comenzado con aportaciones “optimistas” en el campo de la historia de la comunicación, ligadas tanto al campo de la historia como al de la comunicología, iba a dar un giro hacia una nueva forma de “negacionismo”, el de la realidad objetiva externa al sujeto, y, con ella, hacia la disolución del saber histórico que dejó inerte a una historia de la comunicación todavía en andamios.

Cuando en 1986 se publicaban las actas del I Encuentro de Historia de la Prensa, dirigido por Manuel Tuñón de Lara, Jesús Timoteo Álvarez comenzaba su aportación con un epígrafe tan expresivo como “Crisis de los modelos definidos como de Historia Científica”²². Tres fueron las consecuencias, que podemos observar en el marco de la investigación española.

Para comenzar, los programas de trabajo que se habían abierto en la fecunda y reflexiva década de 1970 continuaron desarrollándose, aunque sin nuevo hálito. Así, por ejemplo, la reflexión de Jesús Timoteo Álvarez en el ámbito de la historia de la comunica-

ción se concretó en un programa de trabajo para establecer la cronología, las pautas, las simetrías y las disimetrías, del establecimiento de la sociedad de masas en España. Lo mismo ocurría con los autores de *El regne del subjecte* que, con sus colegas Gómez Mompart y Espinet Burunat, trabajaron con ahínco en la construcción del modelo de la sociedad de la comunicación de masas. Estas perspectivas repercutieron en universidades en las que surgían los estudios de comunicación o el interés por los estudios comunicativos, tales como Málaga, Santiago o La Laguna.

En Barcelona, también, el profesor Jaume Guillamet y otros trabajaban sobre las relaciones transitivas entre revolución liberal y asentamiento de la sociedad burguesa y nuevos medios de comunicación. Y otro tanto investigaba en Valencia el grupo de trabajo de Antonio Laguna, Francesc A. Martínez, Inmaculada Rius y Enrique Bordería. En Valladolid, los equipos formados en torno al profesor Celso Almuiña se interesaban también, de manera especial, por este período (1808-1880) y establecían una agenda de trabajo que, desde la historia de la comunicación, tomaba en consideración especial el concepto de opinión pública. En Málaga el profesor Juan Antonio García Galindo asumía la importancia que estudiosos como Jesús T. Álvarez habían concedido al período posterior a 1880 para el asentamiento de la prensa de masas.

En segundo lugar, las nuevas aportaciones teóricas sobre historia de la comunicación eran escasas y en algunas ocasiones simplemente redundantes.²³ Las más de las veces pretendían una especie de matrimonio imposible entre las versiones de la historia de la comunicación expuestas en la década de 1970 y principios de la de 1980 y las estrategias posmodernas (en sus versiones fuertes o débiles) que se estaban imponiendo²⁴.

En tercer y último lugar, una parte notable de los investigadores que habían liderado la investigación en historia de la comunicación, y probablemente acuciados por el desprestigio de la historia científica, buscaron nuevos caminos... fuera de la historia. Algunos desembocaron en el territorio emergente de los discursos y de los mercados (publicitarios o políticos) y se dedicaron al marketing político, a la publicidad práctica o a la política misma (Jesús Timoteo Álvarez, J.M. Tresserras, Enric Marín, Antonio Laguna). Otros quedaron acuciados por los proyectos de gestión universitaria (Josep Lluís Gómez Mompart, Jaume Guillamet, Celso Almuiña, Juan Antonio García Galindo). Otros aún, o los citados mismos, concentraron sus esfuerzos en la historia de los medios de comunicación, soslayando para tiempos mejores la visión más compleja y omnicomprendiva propuesta en décadas anteriores por la historia de la comunicación.

La propuesta de la profesora Mercedes Román de huida de la teoría de la historia –en pleno agujero negro de la crisis de la historia– parecía el natural corolario a dos décadas de relativa parálisis de la historia de la comunicación. Sin embargo, también por entonces, tal vez desde la segunda mitad de la década de 1990, comenzaba a notarse el hastío ante la “crisis” y, por ende, las primeras reacciones.

En 1993 se pudo leer en castellano un texto del historiador norteamericano Michael Schudson, en el que advertía que la historia de la comunicación estaba gravemente afectada de subdesarrollo y en el que proponía que frente a los planteamientos de la “historia institu-

cional” (la monografía positivista sobre un medio o institución comunicativa estudiada en sí) o de la macrohistoria (las grandes construcciones ensayísticas que convierten a los medios de comunicación en las tecnologías responsables del cambio social) existía una tercera vía, a su juicio mucho más fructífera, en la que los medios y formas de comunicación se vinculan al propósito de la historiografía clásica (la de las tres carabelas de la historia científica): proponer respuestas para el cambio social. Schudson no encerraba su proyecto en una sola línea teórica. Le parecían especialmente productivas aproximaciones de naturaleza diversa, en tanto en cuanto planteaban *problemas* a resolver historiográficamente.

Entendemos que Schudson estaba rescatando el concepto de *historia-problema* de Marc Bloch y Lucien Febvre y dándole traslado al campo de la historia de la comunicación. De ahí que le pareciesen válidas aproximaciones diversas a condición de no soslayar la *causalidad* (bestia negra del posmodernismo), puesto que como dijese Marc Bloch “el empleo de la relación causal como herramienta del conocimiento histórico exige incontestablemente conciencia crítica”²⁵. Y esta correlación entre establecimiento de problemas históricos a solucionar y búsqueda de relaciones causales podían encontrarse en los trabajos de Elisabeth Eisenstein, Jurgen Habermas, Raymond Williams, Benedict Anderson, Mattelart o Patrice Flichy, por más que las tradiciones teóricas a la que responden estos autores son diferente entre sí. De hecho, la expresada correlación se encontraba en el trabajo del propio Schudson (1978), *Discovering de news*, que, aunque centrado en el medio prensa, se articulaba como una historia de la comunicación pivotando sobre el problema de la confrontación de conceptos contemporáneos como los de objetividad/subjetividad o rigor/sensacionalismo y vinculando esta dialéctica a los cambios de todo tipo acaecidos en las primeras décadas del siglo XX.

En 1996 se publicaban los resultados del encuentro que la Asociación de Historiadores de la Comunicación celebrara el año anterior en la Universidad Autónoma de Barcelona. Las reflexiones habían girado en torno a las metodologías posibles para la historia de la comunicación. Y, en algún caso, las propuestas se centraron en la superación de la visión de la historia de la comunicación como mera historia de los medios convencionales de información (García Galindo, J.A.; Martínez, F.A., Bordería, E., Laguna, A.; Multigner, G.; Schulze, I.; Tresserras, J.M.). Con todo, Tresserras hacía notar las enormes diferencias de concepción que todavía se observaban respecto a la Historia de la Comunicación: ni la definición del objeto de estudio, ni los conceptos y metáforas utilizados para la explicación en esta disciplina, ni las periodificaciones propuestas, resultaban convergentes.

Promediada la década de 1990, la nueva reflexión sobre la historia de la comunicación, sobre su posición epistemológica y su intención heurística, seguía sin deparar resultados tangibles. Pero los materiales seguían llegando. En 1996 aparecía el libro de Bordería, Laguna y Martínez, una historia de la comunicación social. Para unos se trató, simplemente, de un deleznable producto del materialismo histórico con todos los defectos del determinismo²⁶. Para otros, sin embargo, el libro ofrecía una nueva complejidad: no reducía la historia de la comunicación a la historia de los medios, sino que la convertía en una historia de los intercambios simbólicos de diferente naturaleza; no pretendía ser, como diría Schudson, un ensayo macrohistórico –la comunicación no era el *deus ex machina* que todo lo explica-,

pero sí una historia social de la comunicación, en la que ésta, mediando entre la conciencia y la experiencia, entre el conocimiento y la acción, devenía un factor explicativo de primer orden; no se limitaba a ofrecer una periodización (discutible) muy pegada a las formas de relación social históricamente determinadas, sino que se abría a nuevos problemas estrechamente vinculados con las formaciones sociales concretas (desde las formas de legitimación del poder hasta la construcción de nuevos espacios políticos y su traslación a los imaginarios sociales). El libro pretendía mostrar que la historia de la comunicación sí podía ser un proyecto intelectual de altura, aunque a condición de no desvincularlo de las herramientas de análisis y, sobre todo, de las teóricas que la historia (como disciplina científica) había construido en los dos últimos siglos.

En 1997 se traducía la compilación de estudios elaborada por Crowley y Heyer, y, como afirmaba Amparo Moreno en su presentación, emergían las dos cuestiones que se habían convertido en centrales en la disciplina: “qué relaciones existen entre las transformaciones que se han producido en los medios de comunicación y las relaciones sociales y la cultura en el sentido más amplio” y “qué repercusiones tienen los medios de comunicación en las formas y los procesos cognitivos”.

En 2001 los profesores Montero Díaz y Rueda Laffond manifestaban su “empeño en marcar un espacio para la discusión sobre el objeto de nuestra disciplina intelectual” y establecían con rotundidad la necesaria separación entre la historia de los medios y la historia de la comunicación: “La Historia de la Comunicación ha de situarse en un nivel distinto a la de cada medio. Este punto de partida es más fácilmente comprensible si se concibe la comunicación, aunque no de manera exclusiva, como un resultado de los efectos conjuntos de los medios en un ámbito espacial y temporal determinados”²⁷. Con todo, en este texto la historia de la comunicación quedaba estrechamente ligada a los medios de comunicación social, claramente diferenciados de la comunicación interpersonal. Por decirlo con una imagen, para estos autores los medios componían un frente de ataque en la articulación de las sociedades y la disciplina de la historia de la comunicación se distinguía por el estudio de ese frente y no de cada uno de sus soldados: la relación entre los componentes del frente es para la historia de la comunicación tan importante como las repercusiones sociales de cada uno de los medios de comunicación.

Los conceptos emergentes que proponían Montero y Rueda eran los de “interrelación entre medios de comunicación social” y “comunicación como agente de articulación de las sociedades”, si bien en cuanto a este último concepto se amparaban en las teorías sociológicas de los efectos de los medios. En nuestro criterio Montero y Rueda daban nueva sabiduría a la historia de la comunicación, pero se ceñían excesivamente a los medios de comunicación y a su interrelación. Eso dejaba fuera a formas de comunicación primarias que, obviamente, son el germen de la socialización. Además, al hablar de la comunicación como agente de articulación social se dejaban llevar por el pesimismo de la complejidad y la inabarcabilidad de los fenómenos sociales, siempre multifactoriales, aunque a la par apostaban con resolución por poner a la historia de la comunicación en el centro de la indagación científica historiográfica y hasta establecieron una agenda de problemas historiográficos (ciudad y comunicación,

articulación de espacios por redes de medios, comunicación y cohesión social) que se conformaba en auténtica propuesta de resurgimiento de la disciplina.

En 2007 Ramón Sala sugería, a partir de los trabajos de Patrice Flichy, una aproximación a la historia de los medios como historia de la comunicación desde la superación del determinismo tecnológico y vinculada a los “marcos de referencia” de las técnicas mediadoras (diferenciando funcionamiento, usos e impactos socio-culturales).

En 2008 aparecieron los libros de Antonio Checa y Luis Alonso. El primero reflexiona todavía desde un posicionamiento dubitativo respecto al asunto que venimos tratando: por un lado aplaude la desconexión propuesta por la profesora Mercedes Román entre la historia científica y la historia de la comunicación y, por otro se alinea con los conceptos fuertes de Montero y Rueda sobre “interrelación entre medios” y “comunicación como agente de articulación”. En definitiva, Checa aboga todavía por referir la historia de la comunicación a la historia del “frente de los medios”: y cada medio “con su peculiar incidencia en cada momento, todos confluyendo en esa búsqueda de público y en esa influencia sobre él”²⁸.

El ensayo de Luis Alonso, al contrario de lo propuesto por Mercedes Román o incluso por Montero y Rueda, realiza una crítica sistemática a la concepción de una historia de la comunicación ligada unívocamente a los medios y, más aún, a las teorías de la comunicación de masas: “Los medios de comunicación de masas de la modernidad son parte histórica de la totalidad de los fenómenos comunicacionales de la humanidad. Pero, demasiadas veces, la historia de los segundos se concibe desde un concepto de comunicación generado por y para los primeros. No se puede explicar la historia completa de las formas textuales y prácticas sociales por un concepto únicamente operativo para una mínima parte de ellas en una época y desde un enfoque, el sociológico, que sólo tiene en cuenta la mitad de lo que trata de explicar”²⁹.

Por ese camino, Alonso se acerca a una definición de comunicación que origina un determinado modo de entender la historia de la comunicación. Así, “una teoría e historia de la comunicación debe partir de un concepto amplio y genérico, que englobe la continuidad y totalidad de, por un lado, las formas y los objetos que le sirven (pictóricas, escénicas, literarias, fotográficas, fílmicas...) y, por otro, las prácticas y funciones a las que sirve: informativas, artísticas, lúdicas, educativas, científicas, políticas, religiosas... Cabe entonces definir la comunicación como el proceso y producto resultante de la construcción cultural de la realidad a través de la apropiación textual y la circulación social de los discursos y representaciones”³⁰.

Subsumida en el ámbito de la cultura (y por ende, en el de la historia cultural), la definición de Alonso se acerca mucho al concepto de “representación”, tan grato a Roger Chartier: una noción que “permite vincular estrechamente las posiciones y las relaciones sociales con la manera en que los individuos y los grupos se perciben y perciben a los demás”³¹. Se acerca, pero no se identifica. Porque no es lo mismo vincular las relaciones sociales con las prácticas discursivas (Chartier) que afirmar que la realidad es una construcción cultural (Alonso). En efecto, para Alonso el “centro y el eje” de campo comunicológico son “los discursos y las representaciones”³².

Con Bryan D. Palmer aduciremos, no obstante, que aunque el lenguaje importa, no es lo único que importa y que fijarse unívocamente en los discursos y en las representaciones es conferirle la entidad de panacea interpretativa y concebirlo como una estructura anterior al contexto material e independiente de él. El lenguaje, el texto, el discurso, no pueden ser interpretados al margen de su soporte –físico, pero sobre todo, social- a riesgo de incurrir en una curiosa paradoja: apropiarse acríticamente de un discurso y convertirlo en el lenguaje de una identidad³³. Esto supondría algo así como invertir lo que muchos tienen como la “ortodoxia marxista” que antepone lo económico a cualquier consideración o ve siempre lo superestructural determinado por lo estructural: sería “ver en el ‘lenguaje’ una formación antológicamente superior para la que otras dimensiones de la experiencia sensible son simplemente el medio”.

Por el contrario, Palmer sugiere concebir el habla y la escritura (los discursos o las representaciones, se podría añadir) en una continua relación dialéctica con un gran número de prácticas sociales. Con Palmer fijamos nuestra propia posición. Pero este ha sido, por el momento, un excursus en nuestra argumentación para la que lo relevante es que, todavía en la primera década del tercer milenio, la tensión posmoderna, en forma de giro lingüístico, está bien presente en la historia general y se incrusta –es un terreno, por lo demás, bien abonado- en determinadas concepciones de la historia de la comunicación como la expuesta por Luis Alonso. Por otra parte, las definiciones y programas de historia de la comunicación que parecen inmunes al *linguistic turn* (como las de Montero y Rueda, Checa, Román, etc.) parecen aquejadas de una cierta indefinición: o quedan en terreno de nadie entre la historia y la teoría de la comunicación, o se subyugan a formas sofisticadas de determinismo tecnológico (Sala Noguer a partir de Flichy), o apuestan por un estudio “frentista” de los *media* obviando todas aquellas mediaciones no directamente derivadas de ellos, pero sí de otros soportes vigorosos en el intercambio simbólico.

A MODO DE ALTERNATIVA: UN NUEVO CRUCE DE CAMINOS

El profesor Julián Casanova, en un trabajo de 1990, identificaba el futuro de la historia social con la metáfora de “la salida del túnel o el cruce de caminos”³⁴. Asumimos la metáfora como imagen certera de nuestro planteamiento alternativo.

El punto de vista que aquí vamos a desplegar pretende ubicar la historia de la comunicación en el campo sustantivo de la historia, pero al mismo tiempo propondremos que el énfasis de historia de la comunicación, si es capaz de alejarse de la comprensión de la comunicación como mera transmisión de mensajes, si es capaz de centrarla y verla en su reflexividad, como actividad que no sólo informa, sino que crea y transforma³⁵, tiene potencial suficiente para convertirse en una de las especializaciones historiográficas con mayor capacidad para establecer relaciones entre los hechos: esto es, para indagar sobre la causalidad. Así lo hemos venido planteado en diversos trabajos sobre el cambio social (revoluciones liberales burguesas), sobre el crecimiento del mercado (el papel de la publicidad) o el funcionamiento del sistema político.

Hechos, causalidad, realidad. ¿La historia ha abandonado cuatro décadas de “crisis”? Abandonar es seguramente un vocablo excesivo. Pero los tiempos están cambiando. A mediados de la década de 1990, el libro de Alan Sokal y Jean Bricmont abrió una enorme brecha en las aproximaciones posmodernas, constructivistas y subjetivistas a la historia, en realidad a cualquier campo científico. Estos dos científicos norteamericanos, tras gastar una broma a la gran comunidad posmoderna de la crítica literaria y de la filosofía neonietzchiana –el famoso artículo paródico de Sokal en la revista *Social Text*, en el que se mezclaban terminologías de ciencias diversas con reflexiones disparatadas y que fue aceptado por su calidad en esta prestigiosa revista de la vanguardia posmoderna- avanzaron con un libro sobre las imposturas intelectuales consistentes en apropiarse de lenguajes arcanos, vinculados por ejemplo a las ciencias de la naturaleza, sin que viniesen al caso, para mostrar complejidad donde sólo había confusión. Sokal y Bricmont, científicos tozudos en su labor de investigación, querían, simplemente, salvaguardar la existencia del mundo externo y la capacidad para acercarse a verdades sobre él a través de los métodos hipotético-deductivos. Por otra parte, no lo hacían desde la “guerra de las ciencias”, sino desde la convicción de que el método científico es el verdadero nexo entre las ciencias sociales y las ciencias naturales³⁶.

En 2001 el grupo Historia a Debate, liderado por el historiador gallego Carlos Barros y tras casi una década de reflexión compartida a través de congresos, encuestas e internet, entre centenares de historiadores, lanzaba un manifiesto (*Manifiesto de Historia a Debate*) en el que se expresaba la necesidad de “que la historia ponga al día su concepto de ciencia, abandonando el objetivismo heredado del positivismo ingenuo del siglo XIX, sin caer en el radical subjetivismo resucitado por la corriente posmoderna a finales del siglo XX”³⁷.

En 2004, el reconocido historiador británico Eric J. Hobsbawm publicaba una manifiesto para la renovación de la historia en el que arremetía contra la historiografía posmoderna: “En el plano metodológico, el fenómeno negativo más importante fue la edificación de una serie de barreras entre lo que ocurrió o lo que ocurre en historia, y nuestra capacidad para observar esos hechos y entenderlos. Esos bloqueos obedecen a la negativa a admitir que existe una realidad objetiva y no construida por el observador con fines diversos y cambiantes, o al hecho de sostener que somos incapaces de superar los límites del lenguaje, es decir, de los conceptos, que son el único medio que tenemos para poder hablar del mundo, incluyendo el pasado”.

Hobsbawm se veía obligado a recordar (y a reivindicar) que la historiografía “se mantiene enraizada en una realidad objetiva, es decir, la realidad de lo que ocurrió en el pasado; sin embargo, no parte de hechos sino de problemas, y exige que se investigue para comprender cómo y por qué esos problemas –paradigmas y conceptos- son formulados de la manera en que lo son en tradiciones históricas y en medios socioculturales diferentes”. La historiografía no podía reducirse, de nuevo, a una rama de la literatura, de la poética, con capacidad, como mucho, para demostrar empatía con el pasado; básicamente porque ello supondría el triunfo del relativismo, de un anti-universalismo según el cual lo importante no es lo que ocurrió, sino cómo afectó lo que ocurrió a un grupo particular, cómo fue “construido” identitariamente ese grupo.

Por otra parte, Hobsbawm no negaba, en absoluto, el interés que esto último (la afectación grupal, identitaria, a partir de lecturas divergentes de la realidad) contenía para el desarrollo de nuevos interrogantes en historia, pero a condición de no liquidar el esfuerzo de seguir operando a través de “una investigación racional sobre el curso de las transformaciones humanas”. Por lo demás, Hobsbawm volvía a recordar, apoyándose en los trabajos de la nueva biología evolucionista (liderada, entre otros, por Luigi Luca Cavalli-Sforza), que el retorno a los planteamientos de las “dos culturas” (la científica y la humanística) era simplemente un anacronismo, que las formas de interacción entre nuestra especie y su medio (natural y social) seguían siendo la base de la comprensión histórica, y que apelar a la historia total no era considerar la historia de todo, sino “la historia como una tela indivisible donde se interconectan todas las actividades humanas”.

Ahora mismo, algunos historiadores que acogieron con fe de innovación el giro lingüístico, han comenzado un camino de regreso, sin que eso suponga que, por el camino, no hayan (y nos hayan) ampliado el bagaje. William Sewell, que con su trabajo sobre *Trabajo y revolución en Francia* entró de pleno en el territorio del constructivismo lingüístico, acaba de realizar una crítica muy dura a la generación de historiadores culturales a la que él mismo se adscribió³⁸. Su argumento es que “el paso de la historia social a la historia cultural fue una respuesta inconsciente a las transformaciones globales en el orden capitalista, desde una regulación social fordista a un nuevo régimen de ‘acumulación flexible’”. En definitiva, de forma inconsciente, los historiadores asumían, interiorizaban, los cambios en el régimen de producción del capitalismo y en vez de fijarse en formas de explotación o de alienación muy visibles en la organización fondistas, se amparaban en las experiencias del sujeto, en las sensibilidades diferenciadas, en el flujo informativo y en las múltiples identidades que generaba. Pero, a la postre, las herramientas intelectuales posestructuralistas o posmodernas no han servido ni para respuestas historiográficas ni para hacer frente a los retos intelectuales que plantean las transformaciones actuales del capitalismo.

La postura actual de Sewell recuerda mucho a la posición que ya mantuviera Alan Ryan en la década anterior, pero que entonces se contempló como de mera resistencia (nostálgica, dirían algunos) ante el envite posmoderno. Ryan explicaba que el punto de vista de las minorías subordinadas (y hasta de las mayorías) con conciencia de su subordinación, siempre fue el de que la verdad puede socavar el poder. Pero si, obnubilados por el punto de vista de Foucault o Derrida, se afirma que la verdad es simplemente un efecto del poder, una construcción intelectual que no tiene fisuras, entonces ahí se entrecruzan dos graves problemas: los grupos subordinados quedan condenados a la más absoluta apatía, puesto que su verdad no será más que un punto de vista relativo, tan válido como cualquier otro; y, en segundo lugar, la historia pasa a ser un “régimen de verdades” auto-generadas e invulnerables al cambio.

Sewell ahora y Ryan siempre no ven la incompatibilidad entre la atención a la estructura (a las regularidades históricas) y, a la vez, al significado. Otra historiadora que también se sumergió en la historia cultural de corte antropológico y posestructuralista, Gabrielle Spiegel, también se pregunta ahora cuál fue la causa de la flamante acogida del *linguistic turn* por parte de la historiografía. No cree, como Sewell, que la explicación se halle en la lógica

cultural del capitalismo tardío, sino en la emergencia, a partir de la década de 1960, de nuevos movimientos sociales (feminismo, pacifismo, ecologismo, movimientos identitarios de todo tipo de minorías, etc.), que rechazaron las explicaciones generalizadoras que pretendía dar la historiografía “total” y buscaron sus propias bases teóricas de naturaleza relativa, esto es, ajustadas a la idiosincrasia de cada uno de esos movimientos. Sin embargo, la influencia de esa generación quedó desleída cuando se advirtió la monumental diáspora de las explicaciones, cuando se cayó en la cuenta de que las minorías o los movimientos sociales, al relatar la construcción de su propia identidad, parecían haber habitado un mundo diferente al de sus congéneres no pertenecientes a su mismo grupo.

El posmodernismo ha llegado a su fin. La actual crisis del capitalismo global, iniciada en 2008, será su puntilla. La ruptura de la *Revue de Synthèse Historique* y de la Escuela de Annales con el historicismo alemán y con el positivismo francés se produjo cuando una serie de historiadores cayó en la cuenta de que las viejas recetas historiográficas no se correspondían con la moderna sociedad industrial, con la “sociedad de masas” en la que los hechos mismos se tornaban masivos: desde el voto (sufragio universal) hasta el paro (provocado por la Gran Depresión). La historia no se repetirá, desde luego, pero las necesidades acuciantes resultarán similares: habrá que volver a la realidad y no sólo a la “construcción discursiva” de la realidad cuando la realidad sea tan acuciante que resulte imposible soslayarla. Y eso ya está sucediendo.

De vuelta, pues, al territorio científico del realismo ontológico, en el que existe la realidad exterior al sujeto cognoscente, ¿sobre qué bases construir una historia de la comunicación, tras una especie de interrupción teórica de dos o tres décadas?

La base, sin duda, es el método, que bien pueden compartir la historia y la comunicología. El método que invita a caminar de la teoría al análisis empírico a través del apasionante proceso tentativo de las hipótesis y las técnicas de investigación, para, a continuación, consumir el viaje de vuelta del análisis a la síntesis, un retorno a la teoría en el que se especifiquen los avances realizados, los matices introducidos en la posición de partida, las refutaciones parciales (o totales) que se han introducido.

Un método que no lleva a la verdad, sino a aproximaciones sucesivas que devienen objetividad intersubjetiva. Un método que aplicado a una disciplina que define su campo de estudio, ha de proveerse de (o inventarse) las técnicas particulares que considere más capaces para aprehenderlo, para analizarlo, para extraer el jugo de la realidad observable, aunque esta se componga de huellas o de indicios cuya recomposición absoluta es, por definición, imposible, pero también resulta intelectualmente apasionante y socialmente útil. Herrera (2003) acierta a entender que la historia de la comunicación sólo puede ser social y sólo puede proponerse como una contribución positiva a la comprensión de las relaciones que se establecen entre la comunicación y la evolución de la sociedad humana, de sus cambios y de sus continuidades.

La historia de la comunicación debe establecer una agenda que partiendo de las tecnologías de mediación (que no de los medios de comunicación), en el sentido que a esta expresión le confirió Raymond Williams (1992), desemboque en una verdadera teoría de

la acción individual y colectiva. Una disciplina que nos provea de herramientas para desentrañar y comprender cómo influye la realidad, pero también las formas de ver la realidad, formas necesariamente mediadas, en la toma de posición de individuos y grupos ante los hechos, ante las coyunturas, ante las estructuras, ante la vida social.

Existen tres campos de investigación interrelacionados que deben privilegiarse desde la disciplina emergente de la historia de la comunicación. Se trata, empero, de tres campos con una orografía compleja. Veámoslo.

Para empezar, el campo de las mediaciones³⁹. No sólo de o en los medios convencionales sino también de todo aquello que sirve históricamente para configurar los intercambios simbólicos. No nos parece pertinente establecer divisorias históricas en función de los medios dominantes o hegemónicos y aquellos otros regresivos o aparentemente regresivos. Como dice Herrera, “la palabra clave es ‘conexiones’, es decir, los puentes tendidos entre las dinámicas de los diferentes medios, lenguajes e ideas”. En efecto, estudiar lo que Regis Debray (1994) llama la videosfera contemporánea (término que los plaga de imágenes) sin vincularla al estudio de los usos de la voz, sería tanto como estudiar la imprenta y sus efectos sin tener en cuenta su paralelismo con formas nuevas y viejas del manuscrito⁴⁰.

Convendrá partir de la idea de que los medios no producen la comunicación, sino que son producidos por las necesidades sociales (en un sentido amplio) de comunicación. Es necesario su estudio desde la historia de la comunicación; como lo es el estudio de las armas desde la historia de la guerra. ¿Pero alguien dudaría que, en esta última subdisciplina hay también que estudiar la organización de los ejércitos, las tácticas militares o las formas no regladas de acoso del enemigo, pongamos por caso? Las prótesis y los medios utilizados en y para la comunicación necesitan correlacionarse entre sí y, además, con el resto de factores intervinientes en los actos y procesos comunicativos.

El segundo campo es el impacto que sobre la estructuración social, si lo queremos expresar en términos de Giddens (1984), ejercen las formas y medios de comunicación. Si, como afirma el sociólogo británico, la realidad social se basa en acciones e interacciones que le confieren pautas de cambio y fluidez, entonces resulta fundamental establecer las conexiones existentes entre prótesis/medios de comunicación y la toma de decisiones individuales y grupales.

Giddens (2008) explica que la acción humana y la estructura están relacionados y que, por eso, la acción humana está sometida a unas restricciones derivadas de, a saber, a) los escenarios institucionales (que establecen tanto límites como posibilidades de movilización de las capacidades humanas), b) el enraizamiento de las instituciones, que tiende a ser mayor cuando más implantadas están en las rutinas de la vida cotidiana; c) el uso de sanciones “con las que algunos individuos o grupos buscan activamente limitar la gama de opciones que otros tienen a su disposición” y d) la obstrucción “de los modos de comprender las condiciones de la reproducción social, y por lo tanto de su posible transformación”. Parece evidente que los intercambios simbólicos se articulan históricamente a través de instituciones que definen escenarios, formas de enraizamiento, que usan sanciones y que, a su manera, diseñan y obstruyen formas de comprensión de la realidad.

Este planteamiento parte de la superación de la dicotomía entre base (económica) y superestructura (cultural o comunicativa). De forma asaz provocativa, en su libro *Culture* de 1981, Raymond Williams tituló “Medios de producción” el capítulo en el que daba cuenta de la “invención y el desarrollo de los medios materiales de producción cultural”, advirtiendo de que no cabía subestimarlos frente a las formas de producción material económica (comida, herramientas, refugio, servicios), puesto que las necesidades humanas, y por ende su satisfacción a través de la producción, no pueden catalogarse en órdenes “económico” o “espiritual”, sino en el ámbito de las relaciones concretas que se establecen y que deparan formas históricamente diversas de producción, distribución y consumo o recepción.

Formas históricamente diversas y socialmente determinadas, puesto que en las sociedades históricas se produce una apropiación desigual de los bienes económicos, culturales y comunicativos por parte de las diferentes clases y grupos sociales. Pero, como afirma García Canclini (1984), en la tradición de los Estudios Culturales, la tensión social entre clases dominantes y grupos subalternos no puede entenderse como una bipolaridad: junto a la impugnación y la resistencia, se dan permanentemente negociaciones, intercambios en lo material y en lo simbólico. Las clases y los grupos sociales, en sus relaciones, se comunican y no siempre de la misma manera.

La historia de la comunicación no puede entender el trasiego entre prótesis/medios y sociedades, como si los primeros fuesen omniscientes y las segundas homogéneas. Tampoco, si nos queremos alejar del relativismo posmoderno, desde el *grupalismo* relativista que invita a averiguar la idiosincrasia mediada de un grupo identitario prescindiendo del todo social. La historia de la comunicación debe atender a varios frentes: a los usos de las prótesis y tecnologías de mediación en función de la posición ocupada en la sociedad; a las relaciones mediadas entre los diferentes grupos, ya sean clases o grupos identitarios; a las relaciones de dominio y subordinación que se generan a través de la producción simbólica y a las estrategias de apropiación y reelaboración que los diferentes colectivos sociales realizan al enfrentar los mensajes mediados con sus experiencias y con sus herencias culturales (con la tradición).

La estructuración social, pues, no es previa a la comunicación. Esta no sirve para consagrarla. Ese puede ser uno de sus cometidos, pero también existen otras posibilidades: siempre ubicadas entre los polos de la continuidad y del cambio histórico. La producción social de la comunicación es también producción, relación social.

En tercer lugar, otro de los campos de la historia de la comunicación invita averiguar cómo se integran las formas de mediación en la dinámica de la transmisión de ideas que, a su vez, actúan como referencias inexcusables en la toma de decisiones individuales y sociales. Lo hemos expresado más arriba: la historia de la comunicación debe vincularse a una teoría histórica de la acción individual y social.

Los marcos teóricos a los que puede sujetarse el análisis de este campo son diversos: desde los análisis ideológicos del marxismo crítico al *Frame Analysis* de Goffman⁴¹ o a la teoría de la acción social de Bourdieu, con su especial atención a los bienes simbólicos. Por citar ejemplos plausibles, pero desde luego no únicos.

Nos centraremos aquí, por mor de la brevedad, sólo en el primero de los marcos teóricos expuesto. En efecto, cuando hablamos de la “obstrucción de los modos de comprender las condiciones de la reproducción social” y lo vinculamos a las formas de comunicación, estamos hablando de ideología y de transmisión ideológica. Lo podríamos plantear a la manera de George Rudé, como la dialéctica entre las ideas inherentes y las ideas derivadas. Las primeras fuertemente enraizadas en los “imaginarios”, vinculadas a la tradición y a lo que los individuos consideran el *common sense* de su época. Las segundas, expresadas como innovación y novedad. Si bien, ni las ideas inherentes son necesariamente las portadoras de la “obstrucción”, la aquiescencia, el conformismo o la “alienación”, ni las ideas derivadas son necesariamente la fuente única de la predisposición a la acción transformadora⁴². En todo caso, establecer formas y modos de comunicación en función de sus aportaciones a unas u otras “ideas” es perfectamente posible y podría establecer un programa de investigación en historia de la comunicación perfectamente articulado.

Los tres campos imbricados, aquí señalados, pretenden ser una guía para la construcción de una nueva historia de la comunicación que establezca que el eje de nuestra disciplina no está en el sistema de medios, sino en la dinámica social. Existe la falsa dicotomía de adscribir la historia de la comunicación a la teoría de la historia o a la teoría comunicológica. Donde debe quedar adscrita es al método hipotético-deductivo y a lo que se ha denominado la historia-problema. A partir de ahí, el contacto con las ciencias sociales, la interdisciplinariedad, es una ganancia. No podemos abrazarnos a un empirismo, frecuente en los estudios de comunicación, que elabora continuos métodos de verificación y renuncia a la interpretación, a la dialéctica entre el análisis y la síntesis teórica⁴³. En el polo opuesto, no podemos vincularnos a una teoría que desprecie los materiales empíricos como necesarias y meras demostraciones. La nueva historia de la comunicación deberá estar abierta a las agendas de investigación de historiadores y comunicólogos. E incidir en ambas. Desde la casa propia.

Notas

1. Godelier, M., “Elogio y defensa de la antropología”, en *Papers*, 2012, 97/1, p. 228.
2. Carrithers, M., *¿Por qué los humanos tenemos cultura?*, Madrid: Alianza Editorial, 1995, p. 58.
3. Román Portas, M., “Aspectos metodológicos de la historia de la comunicación”, *Ámbitos de la Comunicación*, nº 5, (Sevilla, 2000), pp. 120-123
4. Schudson, Michael, *Discovering the news. A social history of American newspaper*. Nueva York: Basic Books, 1978. Schudson, Michael, “Enfoques históricos a los medios de comunicación”. En Jensen, K.B. y Jankowski, N.W (ed.). *Metodologías cualitativas de investigación en comunicación de masas*. Barcelona: Bosch, 1993, pp. 211-228.
5. García Jiménez, L., *Las teorías de la comunicación en España: un mapa sobre el territorio de nuestra investigación (1980-2006)*. Madrid: Tecnos, 2007.
6. Goody, J., *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
7. Cit. en Sala Noguer, R., *Introducción a la historia de los medios. Consideraciones teóricas básicas sobre la historia de los medios de comunicación de masas*. Barcelona: Servei de Publicacions de la UAB, 2007, p. 11.
8. Briggs, A., Burke, P., *De Gutenberg a internet. Una historia social de los medios de comunicación*. Madrid: Taurus, 2002.
9. Burke, P., *Formas de historia cultura*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.
10. Gracia, J., “Historia de la comunicación: perspectivas metodológicas y teórico historiográficas desde la historia cultural”. *Historia Contemporánea*, (45, 2012), p. 641.
11. En vez de imperialista, Gómez Mompert ha utilizado el término “aristocrático”, en tanto en cuanto desde diversas especializaciones históricas (cultural, del arte, de la literatura) parece lanzarse una mirada condescendiente a sus hermanas menores, la historia de los medios y la historia de la comunicación. Gómez Mompert, J. L. “Historia de la comunicación e historia del periodismo: enfoques teóricos y metodologías para la investigación”, en Martínez Nicolás, M. *Para investigar la comunicación. Propuestas teórico-metodológicas*. Madrid: Tecnos, 2008, p. 95. Sobre el prestigio de la cultura basada en la “oscuridad y confusión” del propio concepto ha escrito Bueno, G., *El mito de la cultura*. Barcelona: Editorial Prensa Ibérica. 1996. Sobre las trampas relativistas, Sebrelí, J. J., *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*. Barcelona: Ariel, 1992
12. Berman, M., *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid. Siglo XXI, 1988.
13. Appleby, J.; Hunt, L.; y Jacob, M., *La verdad sobre la historia*. Barcelona: Editorial Andrés Bello, 1998, p. 191.

14. Iggers, G., *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Barcelona: Idea Books, 1998, p. 96.
15. Ginzburg, C., “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”. En Ginzburg, C. *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa, 1994.
16. Gargurevich, J., “¿Qué historia de la información y cómo enseñarla?”. En *V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación-ALAIIC, 2000*. Santiago de Chile, 2000.
17. Alejandro Pizarroso cita un antecedente importante, el libro de Oliver Thomson: *Mass Persuasion in History*, 1977. No lo incluimos en nuestra relación porque, como el mismo Pizarroso indica, la parte específicamente histórica del tratado “se limita a algunos muy bien elegidos, aunque quizá demasiado sintéticos *historical case studies*”. Pizarroso, A., *Historia de la propaganda*. Madrid: Eudema, 1990, p. 21.
18. La línea que desemboca en el ensayo de Vázquez Montalbán venía incubándose en una serie de autores latinoamericanos, tales como Camilo Taufic, Antonio Pasquali o Herbert Schiller, entre otros. Taufic (1973) estableció tanto la bastardad y trascendencia del concepto de comunicación, como la idea de que la comunicación “dejó de ser comunión desde el momento en que se inició la explotación del trabajo ajeno”, por lo cual la comunicación se transmutó en información en el sentido de “imposición de formas”. Schiller (1974) reaccionó contra la visión lineal que planteaba la comunicación como una herramienta para el desarrollo económico e intentaba prospectar cómo la comunicación podía ser utilizada para la explotación de *tiers monde* y para la homogenización cultural. Pasquali (1978) lanzó un alegato contra el determinismo tecnológico y estableció que en la historia de la comunicación “no puede aceptarse el predominio del concepto de ‘medio’ en la definición de comunicación, 1º) porque todo medio es un simple aparato, esto es, la extensión de una preexistente y más genérica capacidad humana de comunicarse; 2º) porque por medio se entiende comúnmente el ‘canal artificial’ o artefacto transportador de mensajes especialmente codificados; pero no hay comunicación humana que pueda prescindir del uso de canales naturales al comienzo y al término del proceso”. Taufic, C., *Periodismo y lucha de clases*. Chile: Ediciones Quimantú, 1973. Schiller, H., *Los manipuladores de cerebros. Libre empresa, imperialismo y medios de comunicación*. Buenos Aires, 1974. Pasquali, A., *Comprender la comunicación*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1978.
19. Schulze Schneider, I., “Metas y metodologías de la Historia de la Comunicación”. En J.L. Gómez Mompert, *Metodologías para la Historia de la Comunicación Social*. Barcelona: Servei de Publicacions de la UAB, 1996, pp. 95-99.
20. Williams, R., *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona: Paidós, 1992, p. 25.
21. Giovannini, G., *Del pedernal al silicio. Historia de los medios de comunicación masiva*. Buenos Aires: Ed. Universitaria, 1987.

22. Álvarez, J. Timoteo, “Conceptos básicos para una codificación de la historia del periodismo o comunicación”. En Tuñón de Lara, M. (dir.). *La prensa en los siglos XIX y XX. Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1996, pp. 21-32.
23. Sin menoscabo de su extraordinaria aportación, el *revival* braudeliiano (cuando la propia Escuela de *Annales* abjuraba de Braudel) es bien visible en Armand Mattelart (1993), por ejemplo. Mattelart, A., *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*. Madrid: Fundesco, 1993.
24. Marín, E. i Tresserras, Josep M., *Cultura de masses i postmodernitat*. València : Ed. Tres i Quatre, 1994.
25. Bloch, M., *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1952, p. 146.
26. Hernáiz Blázquez, J. I., *Historia de la comunicación social: de Altamira a Parque Jurásico*. Madrid: Editorial Universitas, 1999, p. 56.
27. Montero Díaz, J. y Rueda Laffond, J. C., *Introducción a la Historia de la Comunicación Social*. Barcelona: Ariel, 2001, p.18.
28. Checa Godoy, A., *Historia de la comunicación: de la crónica a la disciplina científica*. La Coruña: Netbiblo. 2008, p. 48
29. Alonso García, L., *Historia y praxis de los media: elementos para una historia general de la comunicación*. Ediciones Laberinto, 2008. p. 148.
30. *Ibidem*, p. 161.
31. Chartier, R., “¿Existe una nueva forma de Historia Cultural?”. En Gayol. S. y Madero, M., *Formas de Historia Cultural*, Buenos Aires: Prometeo, p. 31.
32. Alonso García, op. cit., p. 247.
33. PALMER, 1989: 102. Palmer, Bryan D., “Respuesta a Joan Scott”. En *Historia Social*, núm. 4, (Valencia, 1989) p. 102.
34. Casanova, J., *La historia social y los historiadores*. Barcelona: Biblioteca de bolsillo, 2003, p. 168.
35. Carey, J., *Communication as Culture. Essays on Media and Society*. New York: Routledge. 1992.
36. Sokal, A. y Bricmont, J., *Imposturas intelectuales*. Barcelona: Paidós, 1999.
37. www.h-debate.com
38. Sewell, W. H., *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*. Chicago: University Chicago Press, 2004.
39. Martín-Barbero, J., *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Gustavo Gili, 1987.

40. Eisenstein, E., *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*. Madrid: Akal, 1994. Bouza Álvarez, F. J., *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*. Madrid: Síntesis, 1992
41. Herrera Gómez, M. y Soriano Miras, R. M., “La teoría de la acción social en Erving Goffman”. En *Papers*, núm. 73, (Barcelona, 2004), 59-79.
42. Rudé, G. *Revuelta popular y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica, 1981.
43. Piqueras, J. A., “El abuso del método, un asalto a la teoría”. En Castillo, S. (coord.). *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*. Madrid: Siglo XXI, 1991. Tresserras, J. M., “Historia de la prensa, història del periodismo, història de la comunicació”. En *Gazeta. Actes de les primeres Jornades d’Història de la Premsa*. Barcelona: Societat Catalana de Comunicació, 1994. Curran, J., *Medios de comunicación y poder*. Barcelona: Editorial Hacer. 2005.